

El insoponable coste de la desigualdad

Los retos de la economía

Sumario

Introducción	7
1 La Revolución Industrial y la distribución de la riqueza	13
2 ¿El crecimiento lo arregla todo?	51
3 De la revolución neoliberal a los riesgos de la desigualdad	83
4 ¿Es una utopía acabar con la desigualdad en el siglo XXI?	121

© Jordi Guilera Rafecas (Instituto de Ciências Sociais. Universidade de Lisboa) por el texto.
© RBA Contenidos Editoriales y Audiovisuales, S.A.U.
© 2016, RBA Coleccionables, S.A.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior, infografías y dibujos: tactilestudio
Fotografías: Magictorch/Getty Images: portada

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8641-3
ISBN: 978-84-473-8658-1
Depósito legal: B 11934-2016

Impreso en LIBERDÚPLEX

Impreso en España - *Printed in Spain*

Introducción

El concepto de desigualdad económica ha suscitado numerosas controversias desde sus orígenes e incluso hoy en día levanta grandes pasiones y desencuentros entre los economistas, los políticos y la opinión pública. Su análisis riguroso se ve dificultado por toda clase de preconcepciones ideológicas, que por lo general suelen incurrir en una visión sesgada del tema. Además, a esta situación de confusión se suma el juego de intereses de cada uno. Dado que la redistribución de rentas, a corto plazo, es un juego de suma cero, en el que las ganancias de las rentas más bajas equivalen a las pérdidas de las altas, resulta difícil creer que en este contexto se alcance un consenso social que resuelva el debate sobre la desigualdad. En este sentido, tampoco se vislumbra cómo llegar a una distribución de la renta que se ajuste a una idea de justicia ampliamente compartida.

El filósofo estadounidense John Rawls, profesor de Filosofía Política en la Universidad de Harvard, reunió a un grupo de personas para que deliberasen sobre la mejor forma de distribuir la renta, en un experimento que partía del supuesto

de que al terminar la reunión ocuparían un lugar al azar en la nueva sociedad. Esta variable del azar confería al proceso la libertad necesaria para que la empatía y la reflexión estuvieran totalmente desligadas de los intereses personales. Así, defendía Rawls, se podía llegar a una decisión justa. Sin duda, este ejercicio abstracto resultó muy sugestivo, pero mostró también un alejamiento: el que existe entre la toma de decisiones en la vida real respecto al de las condiciones ideales citadas.

De hecho, la historia muestra de forma descarnada cómo la lucha por la igualdad, cuando va acompañada de precariedad extrema, ha acostumbrado a ir, lamentablemente, de la mano de conflictos muy violentos. Así sucedió con la Revolución francesa, cuyo punto de partida fue la libertad, la igualdad y la fraternidad, y acabó conociendo episodios de terror, y la Revolución rusa de 1917, que alentaba el fin de las clases sociales y degeneró en dictadura. Ambas revoluciones, bañadas en sangre, constituyen los ejemplos más señeros de esta dinámica. La lucha por la igualdad y la violencia no siempre han venido asociadas: es el caso, por ejemplo, del período comprendido entre los años 1950 y 1973 en los países de Europa occidental, cuando se produjo una importante reducción de las desigualdades gracias a las nuevas políticas aplicadas en un clima de estabilidad política y rápido crecimiento económico.

Hoy en día, las desigualdades no solo son un objeto de atención preferente para los economistas, sino que también han despertado un notable interés entre el público en general. Esta expectación no es casual, ya que los niveles registrados de desigualdad han alcanzado actualmente máximos históricos. La desigualdad mundial ha crecido de forma constante desde 1820, fecha en la que se obtuvieron los primeros datos sobre el

tema. El gran motor de este aumento de la desigualdad ha sido la creciente diferencia de renta entre los distintos países del mundo, un factor que representa en la actualidad el 85% de la desigualdad total. Por otro lado, la desigualdad en el interior de los países ha oscilado considerablemente. En general, creció desde que se iniciaron los procesos de industrialización hasta la I Guerra Mundial, o al menos sus albores, para después caer con fuerza durante el período de entreguerras y continuar su descenso hasta la crisis del petróleo de 1973, punto de inflexión para que repuntase con una fuerza notable.

La preocupación por la desigualdad centró la atención de los grandes economistas clásicos, hasta el punto de convertirse en su principal objeto de estudio. David Ricardo y Karl Marx formularon las primeras teorías distributivas, cuyas conclusiones eran bastante alarmistas: el capitalismo tendía inevitablemente hacia el aumento de la desigualdad, lo que acabaría conduciendo al colapso del sistema. Sus predicciones coincidieron con la creciente desigualdad registrada a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, a finales de dicho siglo y cuando la desigualdad estaba tocando techo, fue desplazada como objeto de estudio. Esta curiosa marginación se mantuvo hasta 1953, fecha en la que Simon Kuznets acabó con el pesimismo de los clásicos y lanzó un mensaje claro: había que centrarse en fomentar el crecimiento económico, porque con este crecimiento la desigualdad se reduciría en el futuro.

Una vez resuelto, en apariencia, el problema de la desigualdad, la década de 1980 trajo dos hechos significativos: la revolución neoliberal, encabezada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y el final de la denominada Guerra Fría, que había dividido el mundo en dos bloques antagónicos, abanderados

por Estados Unidos y la Unión Soviética. En la década de 1990 resurgió con fuerza el estudio de la desigualdad. El crecimiento de las desigualdades durante este decenio propició una avalancha de estudios que, de forma paulatina, transformaron los conocimientos y la percepción sobre el tema. En primer lugar, se constató que las teorías de Kuznets se adaptaban solo a la experiencia de algunos países. En segundo lugar, se produjo una revolución cuantitativa que permitió conocer cómo había evolucionado la desigualdad a muy largo plazo; hasta entonces, los datos eran escasos y se reducían a las décadas anteriores. Finalmente, la mayoría de estos trabajos apuntaron a que una mayor desigualdad supondría un freno para el crecimiento económico, una conclusión que chocaba con las ideas preestablecidas hasta el momento.

Desde el nacimiento de la economía como disciplina científica, se sostuvo de forma continua que había una suerte de dilema entre crecimiento e igualdad en el sentido de que la desigualdad impulsaba el crecimiento; o que, si se quería mayor igualdad, se debía renunciar a algo de crecimiento. La idea de reconciliar ambos conceptos que proponen los últimos desarrollos teóricos tiene una importancia clave, porque abre las puertas a procesos de desarrollo que persigan una mayor igualdad y un mayor crecimiento sin tener que renunciar a ninguno de estos factores.

El siglo XXI ha arrancado con una doble problemática, centrada en los temas distributivos. En primer lugar, algunas posturas críticas denuncian que existe una fuerte coalición de intereses para mantener el *statu quo* en materia de desigualdad que choca frontalmente con la posibilidad de tener economías dinámicas y de rápido crecimiento. En segundo lugar,

la desigualdad ha alcanzado unas cotas tan elevadas que hace que muchos se planteen si esos niveles son compatibles con el mantenimiento de sociedades viables o, por el contrario, representan una amenaza directa.

El presente libro efectúa un recorrido desde los tiempos de la Revolución Industrial, cuando las desigualdades empezaron a aumentar, hasta la actualidad, cuando esta ha tocado techo. Esta visión no solo es útil para aquellos con curiosidad por la historia, sino que constituye un imperativo para comprender el presente económico y saber qué está en juego. Al efecto, resulta imprescindible conocer las causas que empujaron o redujeron la desigualdad en cada etapa histórica, cómo ha variado el interés de los economistas sobre el tema y qué cambios drásticos han sufrido las ideas predominantes sobre la distribución de la riqueza. Conocer a fondo el papel que tuvo la desigualdad en el desarrollo de los países y cómo incidieron en ella los grandes acontecimientos históricos proporcionará la mejor herramienta posible para entender las raíces del enorme desequilibrio actual. Solo así se pueden comprender los retos que están afrontando las sociedades y perfilar algunos escenarios de futuro que, sean sostenibles o no, pasarán ineludiblemente por un escollo: afrontar la desigualdad.